

escasos ahorros, secuestrados por los celos y sospechas crueles de Isabel. Lo que más horrorizaba, en tantas angustias, á la pobre María, era el temor de una muerte oscura, infligida en el silencio de las noches por algunos enmascarados protervos, que arrebatasen á sus últimos instantes la solemnidad y la grandeza del suplicio. Una iluminación de las que aclaran el espíritu, cuando á las transfiguraciones de la muerte se acerca, revelóle con certeza cuánto había de ganar su nombre, su recuerdo; y cuánto habían de perder sus faltas y sus crímenes, si á los piés de un verdugo rodaban por las tablas de un cadalso su corona y su cabeza. Así, á mediados de Diciembre, y en el mismo año de 1586, dirigió á Isabel una carta, pidiendo que no la matase á traición y á oscuras, entre las sombras de un calabozo y en el silencio de la noche, sino á las claras, y con todas las solemnidades propias de un juicio, para que diesen fé cuantos la vieran morir de cómo había muerto animosa y fiel á su religión, aunque injustamente inmolada, cual verdadera mártir. Su temor crecía tanto, que miraba las puertas del calabozo á todas horas, temiendo un atentado traidor y una muerte oscura. Faltáronle á Isabel instrumentos para ello y desistió. El 5 de Febrero se hallaba en el castillo de María el verdugo de Londres.

El día 7, un poco antes de las doce, gran golpe de gentiles-hombres llega con estrépito al puente levadizo de la fortaleza. Los escasos domésticos y servidores, que aún quedan á la soberana en su retiro, estremécense de horror, y adivinan todo cuanto contiene la presencia y la visita de tan extrañas gentes. Estaba María retenida en el lecho por sus naturales indisposiciones cuando llegaron; y si bien doliente y enferma, levantóse á recibirlos, y los aguardó con gran calma. Entonces el mariscal de Inglaterra, en compañía de varios condes y señores, entró en la estancia, é inclinándose con profundo respeto ante la Reina, y dirigiéndole tantas reverencias, como si en vez de hallarse al borde siniestro de un patíbulo, se hallase sobre la cima esplendorosa de un trono, le anunció el inmediato cumplimiento de una sentencia, dos meses hacía por ella sabida y comentada. María, que cobraba majestad conforme se iba tristemente acercando á la última hora, oyó la notificación aquella con toda calma, como si de lo más natural y legítimo se tratase, reprimiendo las muestras de dolor dadas por sus servidores, á quienes confortaba con la serenidad imperturbable de su ejemplo, así como con la unción y elocuencia de sus consoladoras palabras. Después de dirigirse á sus servidores y confortarlos, encaróse María con los nobles que le notificaban la sentencia, y díjoles cómo agradecía el anuncio del término de sus penas, en aquella nueva, la más feliz que pudieran darle después de tantas aflicciones, porque le aseguraba y prometía la muerte tranquila y redentora en el seno de la Iglesia católica. Nieta, añadió, del mismo Rey que vuestra Reina, hija de soberano, soberana yo misma, pariente de los primeros monarcas del mundo, sentada un día en el trono de Francia, y sólo de Dios dependiente, héme visto diez y nueve años seguidos en cautiverio, y creo que esto basta para el rescate de mi ánima; y el perdón de mis culpas. En efecto,

aquellas dos décadas horribles de tormentos y de martirios, aquella prisión durísima, los combates entre las esperanzas y el terror, la crueldad implacable de sus enemigos, la cercanía de la muerte, la redentora virtud del dolor, diéronle una grandeza en sus últimas horas, que jamás tuviera en los placeres más exaltados y en las felicidades mayores de su vida. Después de haber hablado como una santa, y de haber tenido ante sus implacables jueces la serenidad sublime de una mártir, dirigióse á su libro de misa que sobre la mesa estaba, y extendiendo la mano sobre sus páginas, juró en Dios y en su conciencia, por su fé, por su salud eterna, el no haber jamás procurado ni consentido la muerte de Isabel. Uno de los presentes, con aquella barbarie y crueldad propia de los ánimos en su tiempo le dijo que juraba sobre un libro falso, puesto que era un libro papista. María, sin arrogancia, pero con grandísima entereza, le respondió cómo aquel volumen compendia todas sus creencias y contenía todas sus oraciones, y no le era dable jurar por aquello en que los demás creían, sino jurar por aquello que amaba su corazón y á que asentía su conciencia. Los bárbaros sin respeto alguno á la sublimidad de su agonía, sin consideración á lo mucho que necesita un pobre moribundo, al acercarse á Dios y desasirse de la tierra, los auxilios de una fé profundamente sentida en las más hondas intimidades y entrañas del alma, pusieron á dirigirle observaciones importunas é irreverentes sobre la religión católica, en que iba la infeliz á morir. María se revolvió contra ellos con la superioridad que le daba lo supremo del instante, y les mostró el respeto debido á la fé de quien muestra ya en las sienes el crepúsculo de la eternidad. Pero los señores ingleses, imagen fiel de su tiempo, continuaron atormentando con dichos luteranos á la pobre católica, necesitada de toda su fé para ir de éste al otro mundo.

Eran las dos de la tarde, cuando pasaba tal escena tristísima. Los protestantes, comisionados para presenciar la muerte de María, callaron á las sublimes respuestas del alma separada ya casi de su cuerpo y retrocedieron para salir. Entonces María los detuvo y les preguntó el momento señalado para la ejecución. Respondiéronle que se verificaría en el gran salón del piso inferior y á las ocho de la mañana siguiente. María miró el reloj con anhelo y contó los instantes que le faltaban para morir con verdadera serenidad. Y viendo por aquella rápida cuenta lo mucho que aún debía encargar á sus herederos testamentarios para cumplir los últimos deberes de la vida, pidió la prórroga de algunas horas en el cumplimiento de la sentencia. Los feroces Lorez negáronla sin piedad, y María se resignó á la negativa sin esfuerzo. Salidos aquellos dos verdugos morales, todos los servidores de la infeliz Reina se lanzaron á sus plantas dando sollozos, y deshechos en lágrimas. Uno le buscaba las manos, otro los piés; poníase de rodillas éste y levantaba los brazos aquél hasta su frente pidiéndole el honor de morir por ella y con ella; besaba los bordes de su traje un criado y los cubría y rociaba de lágrimas en tanto que severa la Reina, recordado en aquel momento por la sublime paz íntima el pristino esplendor de su hermosura,



con la elocuencia natural y sencillez propia en su delicada sensibilidad, hablábales para confortarlos, como si ellos hubieran de morir y ella de sobrevivirlos. Pidió, después de calmar como pudo á su servidumbre, que adelantasen la cena, con el fin de tener á su disposición toda la noche, para preparar las órdenes y mandas de su postrer voluntad. Comió tranquila, poco, sí, mas lo indispensable para mantener sus fuerzas y llegar sin desfallecimientos ni desmayos al horrible suplicio. Durante la cena conversó con los circunstantes sobre los empeños puestos por los Lores luteranos para divertirla de su religión y procurarle su fé á la religión reformada. Y como el viejo y brusco señor de Kens hiciera tantos esfuerzos para impulsarla con frases irreverentes, y aun amenazas brutales á un cambio de creencias, burlóse con ironía delicadísima del rígido apóstol y del arisco apotolado, disertando largamente sobre la fuerza íntima de una fe sincera y la inutilidad é inania de una coacción violenta en los grandes afectos religiosos. La eternidad, que sobre aquella hermosa figura extendía sus tintes misteriosos, y sus arreboles resplandecientes, daba tal grandeza y majestad así á sus actos como á sus palabras, que nunca, en ningún mortal, se conoció tanto cómo purifica el dolor y cómo redime el martirio. Imaginaos que la hija de los Guisas, la cesora de Inglaterra y Escocia juntamente, primero á Francia y después á España, la infeliz amiga de Riccio, la infiel esposa de Darnley, la viuda recién casada con Bothwell, la madre desnaturalizadísima, la Reina causante de las guerras civiles continuas, espira en su lecho, á la vejez, de muerte natural, con su corona sobre la frente y su trono bajo las plantas, imagináosla de tal suerte; y cree que hubiera pasado á la posteridad y á la Historia, no ya entre los mayores, entre los más ordinarios y vulgares delincuentes que han manchado con sus delitos la propia vida y conciencia. Pero la condena una sentencia ilegítima dada por un poder violento; la mata un verdugo sin jurisdicción y sin legitimidad; la infaman sus enemigos ó sus rivales de siempre; la ciñe el resplandor de un cruento martirio; y pasa transfigurada y redimida, en alas de los ángeles, como una imagen santa y sobre un altar, á los siglos. Terminada la cena, María volvió á pedir que todos sus servidores penetraran de nuevo en la regia estancia. Su médico de cabecera, quien le había servido la cena, como un postrer honor, alcanzado por su inquebrantable fidelidad, púsose á su lado con un cordial cerca, por si acaso podía desvanecerse y desmayarse á la hora suprema de tamaña tragedia. Pero María, como todos los temperamentos nerviosos, muy fuertes de suyo y muy dominadores de la propia voluntad, impuso al temor silencio, y habló sin lágrimas en los ojos, sin nudo en la garganta, sin ahogos en la palabra, cual pudiera dirigirse á su corte sumisa en los días de mayor felicidad. Tomó, pues, una copa, escanció en ella viejo vino, y llevándosela con calma cuasi divina y con mirada de inenarrable tranquilidad á los labios, bebió en esta última cena de la muerte por la vida y por la salud perdurable de todos. Un sollozo gigantesco respondió á este suave brindis. Tal sollozo expresaba tanta lástima que hubiera partido las piedras

de haber un corazón en ellas. Arrodilláronse todos á una en derredor de la pobre mártir, y dijeron esas palabras inspiradas por lo supremo de las circunstancias que no puede repetir ni aun copiar ninguna humana elocuencia, pues la palabra tiene sus límites y no llegará jamás su expresión á donde llega el amargor de una lágrima ó el resuello de un sollozo. María, más confortada, pidió que la dejaran sola, y se puso á escribir su testamento. Reconcentró su memoria en los cuarenta largos años de su vida, que podía recordar al borde obscuro de la tumba; y evocó cuantos bienes le habían hecho los bienhechores vivos y hasta los muertos, así como cuantos deberes se hallaba en la estrecha obligación de cumplir con todos y cada uno de ellos, ó con sus próximos é inmediatos descendientes. Aquél, á quien eligió para su testamentario, es á saber, el duque de Guisa, demuestra mejor que nadie cómo María Estuardo, en medio de todas sus vacilaciones y cambios, permaneciera fiel siempre así á la religión ortodoxa de su cuna como á la religión política de su familia. Los legados, que dejaba, no podían cumplirse con facilidad en la pobreza de una prisionera, sino por medio de las ventas, á que le daba derecho la viudedad reconocida y no pagada desde la muerte de Francisco II por la real casa francesa. Tuvo, pues, la Reina, que dirigir una carta, en demanda solícita de tales auxilios, á su antiguo cuñado Enrique III, demostrándole cómo no podía sin ellos favorecer y pagar á sus más pobres é infelices allegados.

Mientras escribiera con tanto anhelo á su cuñado, las reminiscencias de su primera juventud revolotearian á no dudarle en torno de sus sienas, aquellos jardines donde tantos galanes la esperaban amantes con la sonrisa en los labios y los sombreros de sedosos plumajes en las manos; aquellos certámenes académicos donde los acompasados versos loaban al son de las cítaras y mandolinas su gloria y su hermosura; los torneos relucientes al sol de las batallas reflejado en las áureas armaduras, por italianos artistas cinceladas; los festines brillantísimos, sobre cuyas mesas relucían las venecianas copas y los vasos argentados con sensuales y antiguas esculturas; los salones pintados por el Primatice y por el Rosso, cuya paletas habían arrojado en las paredes y en las bóvedas tantas hermosas ninfas ebrias y tantos faunos y silvos y dioses al calor del Renacimiento revividos; todas aquellas evocaciones, en tan supremo instante naturales, debían aparecer á sus ojos mientras las campanas, anunciando las horas de su agonía, caían de la alta torre, rebotaban en su corazón movido por los recuerdos á comparar tanto brillo, gloria tanta, grandezas antiguas, inspiraciones poéticas, los requiebros resonantes en los oídos de una reina joven y hermosa como abejas que zumban ó mariposas que revolotean sobre los cálices de las flores, tantas esperanzas además y tantas ilusiones, con el calabozo estrecho, con la noche suprema, con la incesante agonía en salud, con el esbirro sombrío, con el patíbulo negro, con el tajo de madera, con la cuchilla recién afilada y con el verdugo apercebido para tronchar aquella cabeza, que había llevado la corona de los reyes en Francia y en Escocia y la